

Lubio Cardozo.

Lugar de la palabra.

Vértice Editores. Mérida, Venezuela 1993, 106 páginas.

Desde **Extensión habitual** (1966) hasta **Poemas** (1992), suman un total de nueve libros de poesía producto del ejercicio lírico del poeta Lubio Cardozo.

Aunque es más conocido como agudo, reflexivo y denso ensayista, este creador del verbo escrito es de los poetas que labran la palabra (perdónese la cacofonía) en la más discreta soledad; acaso con la única compañía de la hiperestésica y lúcida conciencia de quien _tiempo ha— alcanzó la plena madurez del oficio más promíscuamente sagrado que conocemos los, a ratos rientes, a ratos sufrientes, lectores: escribir. Hay que celebrar, con verdadero júbilo, el advenimiento de este último poemario de Lubio Cardozo, pues en él se testimonia una verdadera reverencia, rayana en la sacralidad, al lenguaje poético.

Conocemos la dedicación casi sacerdotal de Lubio Cardozo a la investigación literaria y al cultivo de la poesía en particular.

Leyendo **Lugar de la palabra**, el lector siente la excitación de los nervios vitales, la tensión cerebral, y emocional que proporcionan las insólitas imágenes de Cuquí o de Itaca esperando a Ulyses. Logra este magno bardo conjugar la singularidad de sus intransferibles experiencias hematopoéticas con la universalidad mitológica de la Antigua Grecia que alimenta y nutre el espíritu, la psyché universalis, la conciencia planetaria.

Puede decirse que este último poemario de Lubio Cardozo es un desgarramiento amoroso, un «canto de vida y esperanza», una intensa y vivificadora celebración del poder genésico y de las cualidades nacimientales de la mater palabrae. Lástima que no reine en sus páginas más tristeza. Lamento no encontrar la palabra acantilado más que una sola vez en todo el texto. Profesor Cardozo, usted me decepciona al no explotar la mina que esconde la melancolía, el tedio, el hastío. Sin embargo, estimo que este libro contiene lo que todo lector exigente de poesía aspira: una infinita e inagotable capacidad de decir y nombrar lo

inexistente. Aquí hay una especie de big bang metaforizante que estalla la dimensión espacio-temporal para instaurar una temporalidad intemporal que es a lo que aspira en última instancia la auténtica poesía como ésta contenida en **Lugar de la palabra**.

Como sostuvo José Antonio Ramos Sucre «El topo y el lince son los ministros de mi sabiduría secreta». Parafraseando al propio autor, el lector tiene la posibilidad de acceder a una topología verbal luminosa y fragante capaz de subyugar a las conciencias sensitivas abiertas al goce único y vivificante de la metáfora múltiple y caleidoscópica.

No es casual que el poeta inserte, a manera de frontispicio, dos paratextos celebratorios de los atributos encantatorios de la palabra. Manuel Díaz Rodríguez aludiendo a la palabra como jardín, como fuente, como casa, o como otro mundo. Platón asignándole numerosas acepciones a la palabra poesía y erigiéndola como partera de todo lo que puede ser posible. Platón y Manuel Díaz Rodríguez: dos paradigmas dignos de emular para beneficio de todo lo relacionado con el enriquecimiento del sentimiento y el intelecto humano. Lo universal y lo particular: «una culebra que se muerde la cola».

No sólo hay indagación, reflexión, búsqueda cognitiva, filosa razón que abre en múltiples pedazos la pulpa agri-dulce de lo real. También el poeta canta los encantos de su amada cuando dice:

«Bella mujer dorada, ansiosa, piel suplicante,
yo andaba sobre ti, como el aire frenético, impetuoso,
me enroscaba en sus pliegues
mientras tus ojos contemplaban el blanco-azul infinito
jadeante».

Y estos versos dignos de la mejor tradición de la literatura erótica universal. Dice el poeta:

«Ahora yaces espléndida, sonreída, tibia, laxa
mientras yo te admiro como una cordillera».

El poeta busca afanosamente, con agónico ímpetu, una especie de apocatástasis, esto es; la reconciliación final y definitiva del ser humano

con el cosmos. Ello es imposible en la hiriente realidad de lo humano. Empero, el poeta logra la apocatástasis coronando las cimas vivientes, «las montañas, las cumbres, el vacío, la luz» de su amada. Un dulce escalofrío recorre los intersticios libidinales del lector cuando lee el poema intitulado «Jadeante». (p. 53)

Los poemas son explícitamente rotulados con títulos contundentes: Deflagar, Fornicio, Entenebreecer, Melancolía, Osario, Urna, etc. Sin embargo, tal como lo expresa el poeta «la vida misma es el jardín del mundo» y la muerte no es más que el pretexto para afirmarse en la celebración y la fiesta de la existencia.

La poesía que nos brinda Lubio Cardozo en **Lugar de la Palabra** no es una poesía culterana ni de tono pontifical, al contrario; es tan humilde como la piedra, pero sí refleja un patriciado del espíritu; en muchos textos se evocan a los egregios: Mallarmé, Li Po, Spinoza, Hant, Plotino, lo cual trasluce una impronta que sólo quienes han alcanzado la revelación de lo esencial, la insoportable lucidez, son aptos para padecerla. Damos la bienvenida a este digno poemario a la danza festiva de la palabra creadora, única forma de derrotar el clima de banalidades infames causado por tantos sonidos guturales con pretensión poética.

Rafael Rattia

Coedición Latinoamericana.

16 cuentos latinoamericanos.

Brasil, Editorial Atica S.A. 1992, 221 p.

El programa de Coedición Latinoamericana, promovido y auspiciado por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe y la UNESCO, persigue como objetivo editar libros de literatura especialmente dedicados a niños y jóvenes de manera que sean asequibles sin que por ello se desmejore la calidad de su presentación. Es conveniente señalar que este programa surgió con motivo de la conmemoración de los quinientos años del descubrimiento de América y en él participan todos los países latinoamericanos.